

GRATIS á los señores suscritores á los **REHILETES.**

LOS HUGONOTES.

Drama en cinco actos,

ESCRITO EN FRANCÉS

POR EUGENIO SCRIBE.

Música del **Mtro. Meyerbeer.**



BARCELONA.

IMPRENTA DE D. JUAN OLIVERES,

calle del Arco del Teatro, núm. 60.

1856.

PERSONAJES.

Valentina, hija de
El conde de Saint-Bris, caballero católico, gober-
nador del Louvre.
Margarita de Valois, prometida esposa de Enrique IV.
Raoul de Nangy, noble protestante.
El conde de Nevers.
Marcelo, criado de Raoul.
Urbano, paje de Margarita.
Dama de honor de la princesa.
Cossé, caballero católico.
Tavannes id.
De Retz id.
Meru id.
Thoré id.
Bois-Rosé, soldado hugonote.

Nobles y damas de la corte.—Católicos y Hugonotes.
Soldados hugonotes. — Gitanas. — Mujeres y niños del [pueblo].
Jugadores. — Damas de honor. — Pajes. — Ciudadanos.
Magistrados.—Arqueros.—Frailes, etc.

*La acción pasa en el mes de agosto de 1572,
los dos primeros actos en Turena, los otros en Paris.*

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa una sala del Castillo del conde de Nevers. En el fondo dos grandes puertas vidrieras que conducen á un espacioso jardin. — A las habitaciones interiores se entra por una puerta que habrá á la derecha. — A la izquierda hay una pequeña puerta vidriera cubierta con una cortina que corresponde á un oratorio. Varios caballeros ocupan la escena jugando á los dados.

El conde de NEVERS, TAVANNES, DE-COSSÉ, DE-RETZ, THORÉ, MERU, y otros señores católicos, y RAOUL, hugonote.

Neu. Gocemos las delicias de la verde primavera. — Sofoquemos nuestras penas con el vino y con el juego.

Coro. A la orgía, á los placeres corramos á porfia, para rechazar los males que alejan nuestro bien.

Neu. Vengan mas botellas que esciten vuestro humor y brindemos con Raoul por su lindísima amante. Pues es fácil comprender cuanto inspira á un amante una mirada de amor.

Raoul. Qué habeis dicho?

Neu. Nada. — No hagais caso. — Es propio de nuestros años... Prometí unirme mañana con el sagrado y eterno lazo, y así renuncio ya á mis amores; á menos que no me tiente el llanto de otras bellas á quienes amo tanto.....

Tav. Cuéntanos tus azares, que con eso te seguirán luego los otros.

Neu. No hay inconveniente, á condicion de que comience el nuevo convidado.

Todos. Es justo.

Raoul. Os lo contaré todo; pero os advierto, que la dama que manda en mi corazon es un misterio.

Nev. No la conoces?

Raoul. Jamás la he visto.

Nev. Su nombre...

Raoul. Es un secreto.

Nev. Amigos, algo oscura es esta historia: oigamos.

Raoul. Paseábame solo cerca de las torres de Amboise, cuando exitó mi curiosidad la aproximacion de una rica litera, rodeada de una turba de audaces estudiantes. — Advertido de su atrevida idea, rechacélos con energía; y libérete desde luego á la inaccion de semejante burla. Acercóme tímido á la portezuela, y al ver aquella singular belleza, blanca y pura como el jazmin, quedó cautivo mi corazon. Y al mirar como realizaba su fresca tez la palidez de su semblante, la dije con entusiasmo: ¡ángel mio! Te amaré siempre con firmeza: jamás podré olvidarte.

— Ella me escuchó y demostrándome pronto su afecto su risueño semblante; adiviné al momento que me amaba. — Entonces le dije yo:

Ah, prenda cara,

Fiel te seré:

Lo juro al cielo

Con pura fé

Y antes la muerte

Darme sabré

Que faltar al amor que te juré.

Coro. En verdad que es inocente su amor

Pues adora una oculta deidad

ESCENA II.

Dichos y MARCELO, el cual aparece por la puerta del fondo.

Cossé. Qué hombre tan extraño es ese que ha venido aquí?

Raoul. Es mi antiguo paje que me ha cuidado desde la niñez.

Marc. (*Pregunta á uno de los convidados por su amo Raoul y se lo enseña.*)

Cielos! Raoul bebiendo con sus contrarios! Señor, el que brinda con su enemigo, debe temer el castigo.

Meru. (*riendo.*) Es un sabio de Israel.

Marc. (*con enojo.*) En medio de los filisteos!

Todos. Qué dijo!...

Raoul. Amigos, dispensadle: educado con mi abuelo, no ha salido de la biblia y el acero; así que odia tanto á los papistas como al diablo: pero como soldado fiel y sensible es un diamante incrustado en hierro.

(*Dirigiéndose á Marcelo.*)

Ven á servirnos y calla: (*Marcelo quiere replicar.*)

Marc. Callaré, Señor: (*para sí*) Dadme auxilio en el peligro!

Nev. y Meru. Brindemos, amigos, por nuestros amores.

Raoul y Cossé. Brindemos por ellos.

Marc. (*para sí con dolor.*) Libradme de este peligro divino Lutero.

SALMO.

Oh Dios, sosten y guia

Del alma que afligida

Con humildad te implora

Volar á tu morada:

Atiende cariñoso

Los ruegos del cristiano

Y con potente mano

Del repugnante inferno

Apartanos, Señor.

Nev. Qué es eso?

Raoul. Imploramos al cielo con esta plegaria que nos libre del peligro, por que ella nos da valor y consuelo al mismo tiempo.

Cossé. (*á Mar.*) Me parece que recuerdo tu fisonomía.

Tu eres el que lidiando , me hiciste una herida en la Rochela.

Marc. Y me conoceis todavía!

Cossé. Siempre que miro mi herida se me representa tu memoria.

Marc. Si, yo fuí.

Raoul. Oh Dios! Oh Dios!

Cossé. Me la hiciste en buena ley. Bebe pues en mi vaso en señal de amistad.

Marc. Marcelo no beberá nunca!

Cossé. Con un diablo! (*en tono de mofa*).

Raoul. Disimulad su rudeza.

Nev. Si no quieres beber, al menos debes cantar.

Raoul. Caballero...

Cossé. Quiere que cante.

Marc. Pues oidme!

El hugonote erguido y victorioso canta contra el vil papista. Tal vez le habreis visto algun dia peleando en la Rochela, al compás del tambor y del clarin, acompañados con el pif!... paf... pif!... del cañon y del mosquete.

Pliegue á Dios que un continuo golpe esparza por doquier la muerte del vil. Al fuego los palacios de esa raza impia, do el juego y la orgía es la virtud. — Que mueran rabiando. — Salvarlos es crimen; matarlos placer. — Cerquémoslos, venzámoslos; matémoslos. — Seamos sordos á los ayes del llanto y del dolor.

Coro. Ah! ah! ah! Reparad su candor!... Dadle gracias de corazon.

ESCENA III.

Un CRIADO del conde de Nevers aparece por el fondo, guiando una dama tapada, la cual desaparece por el jardin. El criado se acerca á Nevers, y este se aleja con él; todos le acompañan hasta la puerta y vuelven al proscenio riendo maliciosamente y haciéndose señas unos á otros de que callen. MARCELO lleva aparte á RAUL para reprenderle.

Meru. (*Acercándose á Raoul que hablaba con Mar.*). Y qué

tu solo evitas ver mi rostro? — Temes acaso que su belleza no inflame tambien el corazon de un hugonote?

Raoul. (*Se acerca á la ventana sonriéndose*). Veamos..... no me conoces bien... ; Ah cielos !

Todos. Qué ha sido ?

Raoul. Esta es aquella jóven y hermosa dama que salvé de la turba, de que os he hablado... Es ella ! Es ella !

Todos. Vaya un encuentro chocante. Ella va en busca de otro amante y seguramente se habrá engañado.

Raoul. No creo que un corazon tan vírgen sea capaz de abrigar la mentira ; pero si así fuese, yo me vengaré.

Todos. Silencio !... El es... Marchad.

(*Se retiran al fondo*).

ESCENA IV.

Se ve pasar por el jardin al conde de NEVERS dando el brazo á una dama tapada. Se despide de ella y entra pensativo en la escena sin advertir en los demas que le observan en rededor suyo.

Nev. No hay remedio. — He de renunciar á mi enlace. La reina aconsejó á su dama que viniera á hablarme : Valentina acaba de suplicarme llorosa que no la haga esposa mia ; y yo, á pesar del despótico empeño de su padre, la he prometido á fuer de caballero, dejarla libre, y á fé que ahora lo siento. (*Le rodean los caballos*).

Coro.
 Que viva el corazon
 Para quien no hay mujer.
 Que resista su amor
 Ni un momento,
 Para tí no hay temor,
 Todo es un placer,
 Y vences el pudor
 Con un acento.

URBANO, paje, y los dichos.

Nev. Quién te ha enviado á mi castillo paje?

Urb. Que el hado os sea siempre propicio.

— Caballero, una dama ilustre y bella me ha mandado como mensajero; y yo, veloz y contento, busco el galan que es el dueño de su alma. — Podeis creerme; no ha habido señor hasta ahora que haya tenido tal suerte, ni tanto honor. — No creais que miento; así Dios os colme de contento y felicidad eterna.

Nev. Algo importuna es la ocasion para tu mensaje; mas no pudiéndote ya librar de mí, espero discreto paje que al punto me entregues el billete para leerlo.

Urb. Seriais vos Sir Raoul Nangy?

Nev. Es á él?...

Urb. El es á quien va el escrito.

Todos. ¡ Ah! Gran Dios!

Marc. (Señalando á Raoul con orgullo). Héle allí! Aquel es mi señor.

Raoul. (Tomando el papel). Para mí!

Urb. Sí, á vos.

Raoul. (Lee) « Sir Raoul de Nangy :

— Al medio dia vendrá á buscaros un hermoso y dorado coche : os venderán los ojos. — Tened valor. Entrad en él.

— Tendréis quizás temor, Sir Raoul? »

— Vamos, al fin comprendo que es esto una broma; mas no importa; debo ir: estaré tranquilo. — Leédlo... Mirad. (enseñando la carta).

Nev. Qué veo!

Meru. Oh, que aventura!

Cossé. El sello...

Tav. Este escrito...

Todos. Sin duda... es ella. Vaya una fortuna!

Un amigo leal y sincero tendrás en mí.

— Dispon de mi brazo, de mi acero y de mi fe.

— Desde hoy tú serás nuestro amigo maspreciado.

— Y cual nadie acatado en el mundo.

— Te verás.

Raoul. A fé que es raro este misterio!

Todos. El placer, el honor, la riqueza, le harán desde hoy venturoso.

— Goza, pues, tranquilo los dulzores de un eterno y feliz porvenir.

— Quién tendrá un destino mejor?

— No te arredres: favorecido por tal hermosura, cuanto quieras podrás conseguir.

Por tí cantemos

Y en el momento

Siga el contento

En pos de ti.

Amor te llama

La dicha te espera

Gózala y ama

A la hermosa dama

Que te hará feliz.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa el parque del castillo de Chenonceaux. Corre el rio hasta la mitad del escenario serpenteando por entre el verdor de la campiña. A la derecha hay una ancha escalinata de piedra por la que se baja á los jardines. Al levantarse el telon aparece Margarita rodeada de sus damas que le ayudan á concluir su tocado. El paje Urbano está arrodillado delante de ella teniendo en las manos un espejo.

MARGARITA, URBANO, DAMAS DE HONOR.

Marg. Oh mannan dichosa de Turena! Cuan apacible y deliciosa pasa mi juventud en tu seno entre los frescos arroyos y deliciosos jardines! Que Calvino y Lutero continuen haciendo la guerra contra las doctrinas del verdadero Dios; pero que no turben al menos la primavera de mis años.

Paje y Damas.

Se respira tan dulce brisa, que no puede turbarse el placer. Reina, pues, en grata calma sin zozobra ni pesar.

Marg. Jamás necia quimera llegue á turbar mi vida! Que respire el alma sin zozobra y entonces podré reinar tranquila. — No oís como resuena el eco del halagüeño cántico de amor: y cual la avecilla remontando su vuelo lo repite elevándose hácia el cielo; y responden al momento mar y tierra, porque el universo rinde homenaje al amor?

Urb. Ah! que reina tan amable!

Marg. Quien se acerca?

Urb. La mas linda de las damas de honor.

ESCENA II.

VALENTINA. — DICHOS.

Marg. Acércate Valentina : no temas.*Urb.* La ha visto á ella y ya no me mira á mí.*Marg.* Veo que lloras y el llanto me entenece. — Valor amiga ; dime , que efecto tuvo nuestro proyecto ?*Val.* El conde de Nevers ha jurado renunciar á mi enlace.*Marg.* Bien ; pues pronto otro himeneo te hará feliz.*Val.* Ah ! cielos ! que he oido !*Marg.* Infeliz ! te ruborizas ! Tu le amas !.....*Val.* Ay de mi ! no debia..... mas y mi padre.*Marg.* Ya se lo diré.

ESCENA III.

*Una dama de honor y dichos. Las otras vuelven á la escena.**Dam.* Venid , reina adorada , bajo esta frondosa enramada donde no penetra el sol. La frescura del límpido riachuelo calmará vuestro ardor.

Coro de DAMAS.

Venid hermosas

A disfrutar

La grata sombra

De este vergel ,

En el que el alma

Respirará.

Pues la frescura

Del manso rio

Hace mas pura

La dulce brisa ,

Y calma y sosiego

Al pecho dá.

Marg. Qué haces aquí, paje.*(Estaba oculto detrás de los árboles.)*

Urb. Esperaba vuestras órdenes. (*Turbado.*)

Marg. No es este Urbano tu destino : ve , pues ; parte.

Urb. Siento irme en este instante !

Marg. Todavía ! cómo es eso !

Urb. No soy yo..... un caballero.

Coro. Cielo ! un caballero !

Urb. No asustarse , que trae cubierto el rostro.

Marg. Acompañale , Raoul.

Urb. Es que ignora donde se halla.

Marg. Es él : esto vá bien.

Val. Ah ! Yo me retiro.

Marg. Quédate : lo exijo.

ESCENA IV.

Raoul y dichos. — Viene por la escalera de la derecha con los ojos vendados. Las damas le señalan con el dedo y se acercan á él jugueteando. Despues se retiran.

CORO DE DAMAS. (*á media voz.*)

Silencio ; que ya está aquí : apuesto es y gallardo ; si pudiera vernos , acabaria pronto su temor ; pero como está vendado no puede hacer traicion y callará.

Marg. (*mandando á las damas que re retiren.*)

— Dejame sola , que deseo hablarle.

Urb. Sola con él..... Mucho me temo !

Coro. Galan es á fé ! Marchemos ; y su zozobra pronto cesará.

ESCENA V.

MARGARITA. — RAOUL *continua tapado.*

Marg. Noble guerrero : vuestra lealtad merece una fineza : podeis quitar la venda.

Raoul Que veo ! Donde estoy ! que encanto es este ? Oh tu , beldad divina que embelleces este recinto , dime si este delicioso sitio es el cielo.

Marg. Solo al verlo siento latir mi pecho y tomarse interés por él; mas, si por desgracia su corazón estuviese apasionado de otra belleza; sufre corazón y calla, si es que no olvido que soy reina.

Raoul. Este sitio... si mi memoria no falta, es aquel donde juré amor firme á una infiel!

—Aceptad, ó noble dama, mis respetos.

Marg. Deseo imponeros un precepto.

Raoul. Hablad, señora: juro obedeceros ciegamente y ser-viros al momento.

Marg. (*mirándole*) Ah, me abraso de amor! Si yo fuera inconstante, seria mi dueño: mas no puedo ser infiel á la que en mi fia su suerte: esto seria un crimen.

Raoul. Toda mi existencia á vos consagro, señora: mi cariño y mi acero vuestros son: mandad, y en la lid por vos arrostraré la muerte.

Marg. De que modo ha encendido mi pecho! (*á Raoul*) Lo que decís que así os ha escitado se prepara desde luego á corresponder á vuestro amor.

ESCENA VI.

URBANO y dichos.

Urb. Reina...

Marg. (*Enojada*) Vuelve otra vez el paje!...

Urb. La corte desea rendiros homenaje.

Raoul (*Al oír esto se retira*) Cielos!...

Marg. Es verdad: y puesto que jurasteis obediencia, quedo encargada de vuestro enlace.

—El rey, la paz y el bien de nuestra patria exigen hoy que los católicos hagan la paz con los protestantes: para ello, es preciso que se case con vos la hija del conde de Saint-Bris; pues su padre os dedica desde hoy su amistad.

Raoul. El... soy vuestro... (*saludándola*).

Marg. Os admito en mi córte, si aceptais.

Raoul. (*besándola la mano*) Me honrais demasiado.

Dichos: nobles: damas de honor; SAINT-BRIS, NEVERS, caballeros protestantes y señores de la corte.

Todos. Corramos á besar los pies de esta heldad.

Marg. Señores! os invito á que asistais á la union de dos tiernos esposos.

ega un postillon de palacio que entrega á Margarita varios pliegos. Ella los lee; y despues se acerca á Saint-Bris y á Nevers.

—Cárlos Nono, mi hermano, que conoce vuestro afecto os llama para confiaros un proyecto.

Bris y Nev. No hay mas ley que sus deseos.

Marg. Cumplid ahora el mio: que esta boda estinga los rencores; y jurad tan fiel y sagrada promesa de amistad, como si fuera pronunciada ante el altar.

—(á los hugonotes) Unios y juraros fé eterna.

Saint-Bris, Raoul y Nevers.

Juramos por la fé y honor de nuestros descendientes, ante Dios y el rey, amistad constante, sin que jamás traicion alguna pueda quebrantarla.

Marcelo y los hugonotes.

(*Para sí*). Compañeros: por la fé que nos une á Lutero, jurad sobre la cruz de la espada odio eterno al secuar del infierno.

Bris, Raoul y Nevers.

Puesto que el cielo lo manda, olvidemos la discordia y reine la paz en nuestro corazon.

Marcelo y hugonotes.

Porque Dios mismo lo quiere conservemos el rencor y á los viles juremos guerra á muerte.

Marg. Que el cielo acepte benigno vuestros votos. — Ahora os mostraré la esposa á quien habeis jurado amistad eterna, en mi presencia.

(*Saint-Bris va á buscar á su hija*).

Raoul. Santo Dios! que veo!

Marg. Qué teneis!

Raoul. Esta esposa se me ofrece.

Marg. Sí, el amor.

Raoul. Traicion ! Ella mi esposa !... Nunca.

Todos. Qué estrañeza !

Marg. y Val. Qué causa le obliga á negarse ? Sin duda suspira por otra !

Raoul. Desprecio tu mano ; porque la perfidia te acusa, y si el destino me oprime nada me importa el furor de todos.

Nevers, Bris y Coros.

Oh furor ! Nuestro orgullo no debe sufrir tal ofensa : con su sangre la debe lavar.

Marg. y Hugonotes.

Si la rehusa , y no olvida su honor, antes perderá la vida que sufrir una afrenta.

Parten Nevers y Saint-Bris con Valentina, que va cuasi desmayada, Raoul pretende seguirlos , pero los guardias le detienen. Todos se separan en medio de la mayor confusion.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa el sitio conocido en París por el *Pré aux clercs* que ocupa casi toda la escena. A la derecha y á la puerta de una taberna habrá una mesa, al rededor de la cual habrá algunas *mujeres y estudiantes*. A la izquierda otra mesa á la que están sentados algunos hugonotes. En el fondo hay la entrada de una capilla. En medio un grande árbol cuyas ramas dan sombra al suelo. Al levantar el telen aparecen *hombres y mujeres*, unos sentados y otros paseando. Trabajadores, mercaderos, barracas de úteres, vendedores de ungüentos, y pueblo de ambos sexos. Dan las seis de la tarde en el mes de agosto.

Coro. Olvidemos las penas que el dia convida al reposo.

Rosé (que bebe con sus amigos protestantes). Empuñemos el fuerte acero y lidiemos con valor.

— Soy vuestro gefe: corro pues á la gloria que nos espera: Viva la guerra!

— Bebamos á la salud de Coligny.

(*Se repite el coro*).

Marcelo con siniestro aspecto, comparece por el lado de la capilla, con la cabeza descubierta, y una carta en la mano. Interrumpe el paso de la comitiva y busca á Saint-Bris

Marc. El señor de Saint-Bris.

Cat. No puede hablársele.

Marc. Porqué?

Cat. Humilla tu frente.

Marc. Humillarme!

Cat. Infames! Ojalá que os aniquile un rayo.

(*Comienza la rabia y se amenazan unos á otros, los cristianos y hugonotes*).

CORO DE GITANOS.

Danzan las Gitanas, los estudiantes y las mujeres católicas después de lo cual vuelven á la capilla Saint-Bris, Nevers y Mauvert.

Nev. Valentina me rogó que la deje al pie del altar para cumplir una promesa.

— En fin ya es mia y luego habré logrado mis deseos. *(Vase)*.

Bris. Al fin se ha cumplido mi anhelo. — El enlace me ha librado de un desaire.

Marc. Sir Raoul de Nangy manda este pliego al señor de Saint-Bris. *(Acercándosele)*.

Bris. Con que al fin ha vuelto Raoul?

Marc. Hemos salido juntos con la reina de Turena.

Bris. *(leyendo)*. Un desafío.

Marc. Santo Dios!

Bris. Cuando hayamos quedado solos á media noche, vendrá.

Marc. Puesto que el cielo le entrega á la venganza de nuestras manos morirá.

Bris. Que Nevers lo ignore: el dia de sus bodas no debe esponer su vida en la lid.

Marc. Ni vos, Saint-Bris: el cielo señala otros medios para castigar al culpable.

Bris. Cuáles son?

Marc. Venid á donde está ella: allí os diré mi pensamiento.

ESCENA II.

ARQUEROS, y los dichos en la capilla.

Arg. Sonó la hora del silencio y con ella debe cesar la algazara.

CORO DE PAISANOS.

Entrada es la noche y del silencio la hora sonó.

Los hugonotes entran en la taberna cuya puerta se cierra tras ellos. Todo queda en la mayor oscuridad. Salen de la capilla Saint-Bris y Maurevert.

Bris. Me entendiste?

Marc. Dentro de una hora estoy de vuelta. (*Vanse*).

ESCENA III.

VALENTINA de la capilla, MARCELO.

Val. Oh terror! Apenas puedo respirar. — Si me habrá abandonado la razon? — Oculta en el templo, he comprendido la inicua traicion que le amenaza. — Voy á advertirselo, aunque no sea mas que por mi padre. Mas, como avisaré á Raoul?

Marc. Moriré con él en el combate: le esperaré. Entre la oscuridad acecharé á los traidores y no escapará ninguno.

Val. Ah, gran Dios! guia mis pasos: si no le advierto la traicion, morirá.

Marc. Quién va?

Val. Qué alegria? es Marcelo.

Marc. Quien en este sitio y á esta hora me llamará.

Val. Ven.

Marc. Alto ahí! La seña, ó mueres.

Val. Si... Raoul.

Marc. Raoul! Bien. — Acercate. Una dama encubierta!

Val. Tienes miedo?

Marc. Quién! yo temer! Soy Marcelo, el defensor de la fé y el terror de todo infiel.

Val. Oye: Raoul llegará luego... para batirse...

Marc. Sí: trata de vengar su honor con un pagano pero Dios le salvará.

Val. Lo dudo, si no hay quien le proteja.

(*Ordena á Marcelo que avise pronto á Raoul*).

— Con un golpe fatal destruyó el ingrato mi ventura; mas mi amor le será siempre constante: sin él no puedo vivir.

Marc. (*Volviendo agitado*). En vano le he buscado: su au-

sencia me inspira temor. Si á traicion le sorprenden y le cercan, por donde huirá? Ausiliadme, Señor! tened piedad de mi angustia: lidiando moriré con él.

Val. Me has entendido...

Marc. No, quien eres? aguarda.

Val. Yo... quien le ama y dará con gusto su vida por salvarle.

Marc. Cielos!

Val. No: Tu no puedes comprender la lucha que mi pecho devoran, pugnando el amor y la fé. — Por salvar á mi amante he vendido á mi padre y mi honor!... La pasion me condujo á ello... Perdonadme buen Dios.

Marc. Jamás te arrepientas de haber hecho un bien salvando á un infeliz: Dios bendice á los que le imitan en piedad. Yo rogaré al cielo por la que salva á mi hijo y derramará sus gracias sobre tí.

ESCENA IV.

MARCELO, RAOUL, SAINT-BRIS y cuatro testigos.

Marc. Pobre viejo! Velemos para librarle de la oculta trama: salvemos á Benjamín de una muerte segura. Llega Raoul por una parte con sus testigos y Saint-Bris por la otra con los suyos.

—Cielos! El es.

Bris. (á Raoul) Vos aquí! — Celebro mucho hallaros en el campo.

Raoul. Pues que: pudieras acaso dudar de mi palabra?

Marc. Como frustraré la traicion de esos infames!

Raoul. Eres tú, Marcelo!

Marc. (habla aparte á Raoul con misterio) Aquí, en este sitio, un querubin celeste me descubrió la horrible trama de ese infame.

Raoul. Qué dices, Marcelo! (á los testigos) Eh! fijad las condiciones de nuestro lance: fio en vuestro pundonor.

Todos. El señor guie mi espada: mi honor ansia la lid; y

pues grave fué la ofensa, temblad.

(*Los testigos señalan el terreno de la lid*).

Marc. Pobre Raoul! si Dios no te protege, estás perdido!

(*Se adelantan los testigos y se colocan en guardia*).

Test. Marchad impávidos y lidiemos tres contra tres.

Todos. Nos batiremos. (*menos Marc.*)

Test. Ninguno se interponga en favor de otro.

Todos. Se cumplirá.

Test. No hay cuartel.

Todos. Se cumplirá. (*menos Marc.*)

(*Provócanse los dos bandos. — Marcelo toma parte*).

Todos. Ya el traidor se intimida: la rabia me devora. Morid... Morid... Blanda cada uno su acero y corra la sangre.

(*Marcelo corre al ruido en el fondo de la escena*).

Marc. Deteneos: oigo pasos: con la sombra no puedo distinguir si son muchos.

(*Desenvaina su espada y en voz alta*).

Vosotros que andais á estas horas... qué quereis?

Maur. (*entra con dos armados*) Qué te importa? Cielo! Este es una nueva víctima de esa canalla... un nuevo católico á quien van á matar... Aquí, aquí guerreros de Dios!

Marc. (*desesperado*) Traicion! El cielo nos proteja! (*óyese dentro de la taberna el canto de los hugonotes*).

Coro. Rataplan, rataplan,

Viva la guerra!

Bebamos á la salud de Coligny.

Marc. (*al oír el canto da fuertes golpes á la puerta*) Coligny, defensor de la fé, Israel pelagra... Defiéndenos, Señor!

Bris. A mí, estudiantes, que estamos vendidos.

Uno. Sí: corramos, (*asomándose á la ventana*).

Salen en peloton los estudiantes por la otra taberna y las mujeres que estaban con ellos.

Los dos partidos llenos de cólera están para acometerse: las mujeres huyen despavoridas, pero algunas mas atrevidas se interponen para evitar la contienda. Marcelo habrá quitado el cuchillo á uno de los galopines de la taberna, y corre al lado de

Raoul. En este momento aparece por el lado izquierdo la guardia de palacio y pajes con antorchas acompañando á la Reina que va á caballo al Louvre. Al verla se detienen los combatientes.

ESCENA V.

URBANO, MARGARITA, SAINT-BRIS y dichos.

Urb. Deteneos : respetad á la reina.

Marg. Creéis, acaso, que en el mismo Paris, á presencia de mi hermano, toleraré la discordia? No puedo volver á mi palacio sino que la vea terminada!

Bris. Señora : la culpa es de estos traidores, cuyo justo castigo reclamamos.

Marg. De quién debo fiarme?... Quién me dirá la verdad?

Marc. Yo puedo aseguraros que esos infames querían asesinar á mi amo.

Bris. Impostura!

Marg. Una mujer tapada me lo reveló todo. Ahí la tenéis vedla (señala á *Valentina*).

ESCENA VI.

Bris. (corre hacia ella y arrancándola el velo, vé á su hija)
Mi hija?

Todos. Gran Dios!

Bris. Qué osadía!... Ah pérfida!..

Raoul. Será cierto?

Marg. Raoul, todo lo sabeis.

Val. Os suplico, señora...

Raoul. Y cómo podrá disculpar su infamia, cuando fué sola al castillo de Nevers?

Marg. Iba á romper un pacto que odiaba.

Bris. Pero al fin hoy es la esposa de Nevers.

—Escuchad: ya se acerca la régia comitiva á proclamar con alegría la union de Saint-Bris y de Nevers.

Aparece por el rio una lancha suntuosamente adornada é iluminada, de la cual desembarcan Nevers, pajes, músicos y damas que forman el acompañamiento nupcial.

Nev. Venid , hermosa dama , á la placentera estancia , do os espera el amor de un tierno esposo. Venid : que un puro afecto unirá nuestras almas y colmará vuestra vida de placer. (*Entran los gitanos y ofrecen flores y dulces á los desposados*).

Coro. Corre , esposa , á gozar los placeres del amor. En el plácido altar de himeneo, toda pena y disgusto se olvida. — Siempre propicio te sea el cielo. — Nunca tu dicha turbe el dolor.

Raoul. Desgraciado amor ! Ahora que la hallo pura , entrega á otro su corazón !

Val. Murió ya mi esperanza : jamás seré feliz . siendo esposa de otro !

Bris. Al fin se cumplió mi venganza ; el enlace de Nevvers con mi hija se ha verificado ya.

Marg. Conclúyase ya la discordia ; jamás donde yo reino haya iras ni rencor.

Coro. Sangre y venganza aquí se alentarán : el ódio y la venganza vigile con afán.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Apuesto del palacio del conde de Nevers. — En las paredes están colocados los retratos de sus antecesores. Al fondo gran puerta gótica. A la izquierda otra puerta pequeña que conduce á la alcoba de Valentina. A la derecha una chimenea, á cuyo lado hay una puerta que da entrada á un gabinete. En el mismo lado y en primer término una ventana que mira á la calle.

ESCENA PRIMERA.

VALENTINA sola.

Al fin me hallo sola, sola con mi dolor: oh padre mio! Has condenado mi existencia á un suplicio eterno, obligándome á dar mi mano á otro. Gran Dios! Ayudadme. Alejad de mi mente el horroroso suceso que turba mi reposo.

ESCENA II.

Dicha y RAOUL que entra por la puerta del fondo.

Val. Qué miro, Dios mio! Es ese aquel gentil aspecto que cautivó mi corazón!...

Raoul. Ah! Estoy tan angustiado, como el desventurado que gime sin consuelo entre las tinieblas, y sucumbe al fin á su desgracia.

Val. Y qué esperais de mí?

Raoul. Nada!... Antes de morir, deseo veros:

Val. Justo cielo! y mi esposo? y mi padre?

Raoul. Que me importa de ellos: aquí los espero.

Val. Temed su enojo; temed su espada...

Raoul. Yo desprecio sus iras.

Val. No oís pasos? Ah! marchaos pronto.

Raoul. Nada me acobarda : aquí me quedo.

Val. Mi padre y mi esposo ! Al menos por mi honor evitad que os hallen.

Cede Raoul á sus ruegos y se oculta detrás de la cortina de la ventana.

ESCENA III.

RAOUL oculto, pero asomándose de tanto en tanto. VALENTINA, SAINT-BRIS, NEVERS, TAVANES y otros católicos.

Bris. Reunidos aquí por orden de la reina , ha llegado ya la hora de descubrir el velo al proyecto que Médicis conoce tambien.

Val. (Tiemblo).

Bris. Hija mía , retiraos.

Val. Ah padre.....

Nev. (deteniéndola.) Por qué ha de marcharse ? Educada y nacida en nuestra fe , que importa que , como el padre y el esposo , sepa tambien lo que la patria y el rey nos ordenan.

Bris. Quereis librar nuestro país de los funestos males que le afligen y concluir la guerra ?

Todos. Lo deseamos.

Bris. Podré contar con vosotros para acabar con los enemigos del trono y de la fé ?

Todos. Estamos á ello prontos.

Bris. El cielo que os protege , alzará sobre ellos la vengadora espada ; y desde hoy quedará extinguida para siempre la odiosa raza de los hugonotes.

Nev. Pero quien les condena ?

Bris. Dios.

Nev. Y quien los herirá ?

Bris. Vos.

Nev. Como ! Yo !

Bris. No olvides tu obediencia al trono y á la fé : escucha siempre la voz de Dios y tu conciencia. A todos nos alcanza la ofensa. Todos pues debemos vengarla.

Val. Dios piadoso ! Dad valor á mi angustiado pecho !

Nev. Aun no estoy satisfecha del horrendo engaño. La rabia y el dolor me devoran.

Bris. Sereis fieles al rey? (á los nobles.)

Todos. (menos *Nevers.*) Lo juramos.

Bris. Me seguiréis?

Todos. (menos *Nevers.*) Te seguiremos.

Bris. Qué significa tu silencio, *Nevers*?

Val. ¡Oh Dios! Tiemblo! Que dirá?

Nev. Perezcan los contrarios, mas no sin defensa. Perezcan en la lid y cara á cara.

Bris. El rey manda que mueran.

Nev. Su ley acato; mas no puedo mancillar mi honor. En todos esos retratos de mis antecesores ni uno hallareis que haya sido traidor.

Bris. Serás acaso infiel á tu rey y á tu fé?

Nev. Antes romperé mi espada que afrentarle. A Dios que nos escucha pongo por testigo de mi accion.

Val. Esta accion tan noble os ha grangeado mi amor.

(*Abrese la puerta del fondo y entra gente armada.*)

Bris. (á los que han entrado) Asegurad al punto á *Nevers* mi pariente. Hasta mañana me respondereis de él.

Val. Ah! justo cielo, calmad mi furor!

Nev. A todo antepongo la santidad del honor. Hasta la muerte, si me resisto al rey.

Val. (para si.) Jamas, por crimen que sea, revelaré el secreto y el miedo que me oprimen.

Bris y coros. Nuestra guerra es justa y santa. La ley de Dios manda obedecer al rey.

(*Algunos armados se llevan á Nevers por la puerta del fondo.*)

ESCENA IV.

Dichos menos *NEVERS.*

A vosotros, verdaderos siervos de Dios, fieles hijos de la ciudad cristiana; á vosotros dirijo mis palabras.

(*A uno de los gefes.*)

— Estad siempre espuestos á esgrimir vuestra espada y

vigilad con cautela por toda la ciudad.

(A otro.)

—Tú, De-Bermi, asalta con los tuyos la morada del impío Daligny, y mátales.

(A otro.)

—Tú, á la Torre de Nesle, donde está preparada la fiesta para el rey de Navarra y Margarita, y donde se hallan reunidos los capitanes infieles.

—(A todos.) Y así que suene la campana de San Ger-
man desenvainad vuestras espadas para empezar el comba-
te á la señal de alarma.

—Al toque marcial, haced uso de vuestros puñales: y á la segunda vez que suene el bronce, que el cielo vea cumplido su decreto. — En vuestro valor confío. — Tenid vuestras espadas en sangre infiel. — Y Dios, que protege nuestra causa, defienda y dirija vuestros brazos en la con-
tienda.

Val. (Para sí con sentimiento.)

— Como podría socorrerlo, Dios mio!..... Lo oye todo y no puede escapar.....!

— Quisiera ser su escudo, mas no puedo.

— Dios santo! Salvadle, aunque muera yo por él.

ESCENA V.

Tres solitarios que marchan lentamente, llevando unas bandas blancas.

LOS TRES SOLITARIOS (solemnemente.)
Gloria al Dios de las batallas y al fiel guerrero que á él solo consagra su espada y su corazon.

(Desnudan las espadas.)

A vosotras, sagradas espadas, que vais pronto á ser te-
ñidas en impura sangre de la réproba grey; que el cielo os
guie y os proteja!

Coro. Gloria al Dios etc. (Se repite el anterior.)

Bris. (Dando á todos bandas blancas con una cruz.)

Ceñid estas bandas , símbolos de pureza y para distinguir á los hijos de la fé.

Los Solit. No haya gracia ni piedad para el traidor. Valor en el combate : herid y matad por do quier ; y que vuestra planta huelle á todo herege. Para nadie haya perdon. Dios mismo castigará al que le osó ofender.

Todos.

(*Levantando las espadas y puñales.*)

No haya clemencia con los infieles. Dios lo quiere así ; y sordos al llanto y los lamentos , la espada herirá. De este modo , perdonará el cielo nuestras culpas.

Bris. Silencio amigos míos : marchemos unidos.

Todos. La guerra es justa : el que al rey obedece , cumple la ley de Dios.

(*Márchanse en silencio.*)

ESCENA VI.

VALENTINA Y RAOUL.

Todos se alejan. -- Raoul levanta el tapiz que le ocultaba, y viéndose solo se dirige hácia la puerta del fondo, pero se detiene al oír como por fuera corren el cerrojo. Va entonces hácia la de la izquierda y se encuentra con Valentina que sumamente agitada sale de su alcoba.

Val. Oh Dios ! A dónde vais , Raoul ?

Raoul. A dónde quieres que vaya ?

— A salvar mis hermanos ; á descubrir la trama impia ; á invocar la venganza , á armar aquellos brazos y burlar el infame proyecto de un enemigo cobarde.

Val. No ves que está mi padre entre ellos y mi esposo ? ¿ Los matarías tú ?

Raoul. Debo castigar estos impíos.

Val. Mas Dios los protege....

Raoul. Y tu adoras á ese Dios que desea ver la Francia sumida en un estrago ?

Val. No blasfemes !... Ese Dios piadoso es el que quiere librarle del peligro.

— No partirás.

Raoul. Lo debo.

Val. Eso es querer la muerte.

Raoul. Quedarme !... Vender mis amigos... mi honor... jamás.

(*Procura desasirse de Valentina*).

— Señora. Debo salir : la hora se acerca y mi honor me llama.

— Con mis hermanos voy á compartir la suerte : la victoria, ó la muerte.

Val. Y consientes morir sin defensa ! Ah ! quedate aquí : no te marches.

— Ya no atiendo la honra ; Raoul : hasta mi Dios dejo por tí.

— No, bien mio, tu no saldrás por esa puerta.

Raoul. Si te escucho mas, me hago culpable.

Val. No soy yo tambien culpable permaneciendo á tu lado ?

— Todo en esta hora suprema lo desprecio. — Nada sino tu riesgo temo ya. — Cede Raoul, cede á mis ruegos. — Reclamo tu salvación y la mia. — Ah ! no me dejes... yo te amo... te amo !

Raoul. (*Al oirla se detiene conmovido*).

— Con que me amas ? Esta palabra consuela mi alma !

— Repite , hermosa , esta palabra , que todo lo olvido en tu presencia ; y aunque me sea la suerte adversa , á tus pies sufriré contento la muerte.

(*Cae de rodillas delante de Valentina*).

Val. Qué he dicho, Dios mio ?

Raoul. Lo bastante, angel mio , para contemplarte estasiado y ver en tí la luciente estrella que anuncia mi ventura.

— Si, huyamos, huyamos juntos. Si tu labio no ha mentido, si has nacido para amarme, quiero morir á tu lado.

(*Oyése un repique de campana y Raoul se desprende*).

¿ Oyes ese fúebre sonido ?

Val. Dios ! me llena de miedo !

Raoul. Ya se esparce el terror entre las tinieblas.

— Dónde estoy?

Val. A mi lado, Raoul mio!

Raoul. Oh! recuerdo fatal! Esta es la señal horrible de la muerte de mis hermanos!

(Trata de huir pero le detiene Valentina).

— No mas dichas: no mas amores; ya que se acerca la muerte, á morir voy con los míos, ó salvarlos del horror. Ya resuena en mi oído el moribundo lamento; á morir, pues, ó triunfar!

Val. Cruel! Olvidando mi cariño y el amor que me has jurado, me vas ahora á abandonar?...

— Yo te estrecho entre mis brazos; te idolatro con locura... Creeme, tu eres muerto si no accedes á mis ruegos.

Raoul. Como quieres detenerme en este instante, cuando mi honor está empeñado en salvar á mis hermanos que mueren víctimas de la perfidia? *(abrazándose).*

Val. No: yo no puedo dejarte marchar.

Raoul. Déjame salir.

Val. Mátame antes cruel!

(Raoul conduce á Valentina á la ventana y le señala la calle).

Raoul. Mira cuanto cadáver! mira la sangre!

Val. Van á matarte, Raoul! Piedad, Señor, piedad!

Raoul. Que debo hacer en este fatal momento? Su frente se hiela! Oh Dios! Ya siento ceder mi corazón á la piedad. Huyamos, pues; huyamos. Que el cielo salvará este ángel.

(Salta por la ventana: Valentina lo vé y se desmaya).

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

La escena representa un claustro, en cuyo fondo se ve un templo de los protestantes con grandes vidrieras que llegan cuasi al suelo. A la derecha un cancel cierra la entrada de un jardín. Algunas mujeres protestantes atraviesan la escena y se refugian en el templo llevando en brazos á sus hijos. Marcelo sale herido, siguenle otras mujeres y niños á quienes indica por señas que se refugien en el templo. -- Se arrodilla y ora. -- Raoul sale por la derecha.

RAOUL Y MARCELO.

Raoul. Eres tu, amigo mio, el que veo entre sombras?

Marc. Oh señor! Al fin vuelvo á encontraros?

Raoul. Cielos! Herido! (*mirándole.*)

Marc. No sé....

Raoul. Venganza....

Marc. Es inútil. — Los soldados furiosos han cercado á nuestros pocos valientes, y solo queda ese templo donde se han refugiado los niños y mujeres. — Sigámoslos, pues: mûramos como mártires, ya que la suerte es contraria á nuestro triunfo.

(*Se dirigen al templo.*)

ESCENA II.

DICHOS. VALENTINA.

Val. A dónde vas..... (*á Raoul.*)

Raoul. A la gloria....

Marc. Al tormento....

Val. No: tu no debes morir. — Dios me ha enviado aquí para salvarte; y te salvaré.

Raoul. Es cierto?

Val. Si : esta banda blanca puede salvarte en medio del peligro. La reina se ha compadecido de mi llanto y te protegerá , si quieres.

Raoul. Y que exige de mí?

Val. Que abjures de tu secta.

Raoul. Y pudieras tu amar á un renegado ?

Val. Yo puedo amarte sin ser jamas culpable.

Raoul. Pues y Nevers ?

Val. Nevers , valiente y generoso , despues de haberme librado de la muerte , ha perecido asesinado , víctima de su celo.

Raoul. Nevers muerto !....

Val. Partamos.

Raoul. Amor !.... Deber !.... Que infernal suplicio!

Marc. Raoul ! *(en tono amenazante.)*

Raoul. No ves amigo ? Aun tengo esperanza....

Marc. Raoul : Dios mismo te marca tu deber....

Val. Ven.

Raoul. No : á morir voy con mis hermanos.

Val. *(Con exaltacion.)* Y qué seria de mí ? ¿Sola en el mundo que haria yo sin tí ? — Aquí , donde hemos probado las penas y placeres : aquí , donde llevo siempre gravado en el corazon tu cariño. — Y ahora que ibamos á ser felices quieres huirme con la muerte ? Pues bien : verás á donde llega mi valor. — Ah ! Cesa ya esta opresion horrible ! Todo me es indiferente : el paraíso ó el infierno : Tu aborreces mi religion : profesas otra : abrazo , pues , tu culto si nos une el amor. No temo , no , el castigo. : Dios me protegerá y me unirá para siempre á tí.

(Se echa en brazos de Raoul.)

Raoul. Oh fortuna !

Marc. La fé imflama su pecho.....

Val. Yo creo en tí , Dios mio !.... Y aun me maldecirán.

Buen Marcelo , sénos padre y bendice la union de nuestras almas.

Raoul. Ya que no hay sacerdote, bendigamos tu venerable mano.

Marc. Sí: voy á ejercer con gusto el sagrado ministerio. Sea tu viejo escudero el ministro del Señor.

(*En el interior del templo se oye el salmo de Lutero.*)

Oh Dios, etc. — Oid los fieles inocentes que ensalzan morir, la providencia del Señor. Responded, pues á mis voces cual si estuvierais á su presencia.

(*Arrodillanse los dos y Marcelo canta á media voz.*)

Marc. Sabeis que este enlace, odiado del mundo, es un enlace funesto y que labrará la senda de vuestra ruina?

Raoul y Val. Tan solo sabemos que Dios es nuestro apoyo.

Mar. Habeis abandonado todo lo mundano y material? Habeis invocado con fé la bienaventuranza del justo?

Val. y Raoul. Sí: ella inflamó nuestras almas de nuevo ardor.

Marc. Vereis sin temor alguno delante de vosotros el fuego de la hoguera? Os hacia vacilar el rigor de la desdicha?

Val. El que inspiró nuestro amor, nos dará también constancia.

Marcelo junta sus manos y los bendice. Se oyen dentro del templo los lamentos confundidos con el estrépito de las armas. Al través de las vidrieras luce la claridad de las antorchas y el brillo de las alabardas. Los sicarios han derribado las puertas y penetrado en el templo.

CORO DE LOS SOLDADOS CATÓLICOS (*dentro*).

Abjurad, hugonotes. — Dios lo quiere! Abjurad ó morir, Dios lo quiere!...

Val. (*Corre á mirar por las vidrieras del templo.*)

Los niños!... Las mujeres! Deteneos crueles!... Qué horror!...

Marc. (*una descarga*). Ruegan á Dios.

Val. Qué horror! Un infame soldado trae arrastrando á un pobre viejo y le asesina!...

(*Otra descarga*).

Marc. Ruegan á Dios.

Val. Ante Dios todo cede; mas se ha mostrado sordo al clamor del desgraciado.

Marc. Acabó su ruego. (Otra descarga).

Todos quedan sumidos en el mayor abatimiento. De repente Marcelo que estaba arrodillado, se levanta, dirige la vista al cielo y absorto por una vision divina canta lleno de santa inspiracion.

— Mirad como las puertas del cielo ceden su paso á tanto inocente! Gloria al Dios, que da consuelo al que martir murió!

Val. y Raoul. Que miro! Su faz resplandece. Sus ojos despiden sacra luz!... Su voz parece la de un ángel que del cielo bajó á ampararnos.

Marc. Mi mente se embarga con el dulce son de la celeste lira: ella me inspira fe y valor. — Te dejo, patria mia; me espera el Señor.

Val. y Raoul. El alma le admira; su mente le embarga la celeste lira, y al pecho inspira creencia y valor: — A Dios patria mia, nos llama el Señor.

Comparecen soldados y pueblo católico por la puerta del jardin que se abre á sus esfuerzos. Se precipitan sobre Marcelo, Raoul y Valentina. Los tres asidos de las manos se adelantan y ofrecen sus pechos á los puñales de los sicarios. Estos por un instante retroceden despavoridos, pero al cabo los vuelven á cerrar. Todos llevan como insignia la banda blanca con la cruz.

Coro. Abjurad hugonotes, Dios lo quiere! Abjurad, ó morir. — Dios lo quiere! O el perdon, ó la muerte, Dios lo quiere!

Raoul Mar. y Val.

No teme, no, el puñal, el que espera la gloria inmortal.

(Los sicarios se lanzan sobre ellos furiosos y se oyen muchas descargas).

Una calle de Paris, en 1572. Noche estrellada.

Salen por la derecha Marcelo y Raoul y caen mortalmente heridos. Valentina acude á su socorro. En este momento llega Saint-Bris á la cabeza de un peloton de fusileros.

Bris. (á Raoul y sus compañeros).

Quién vive?

Raoul. Hugonote.

Marc. Hugonotes.

Bris. (á los soldados). Mueran!

Valentina cae mortalmente herida y espira sobre el cadáver de Raoul, aparece en este instante la reina Margarita seguida de su escolta, que vuelve al Louvre. Viendo morir á Valentina lanza un grito horrorizada y hace una seña á los soldados para que se detengan.

FIN DEL DRAMA.

LOS REHILETES.

Periódico destinado à banderillear todo lo banderilleable.

SALE TODOS LOS DOMINGOS.

Reparte GRATIS á sus suscritores los libretos puestos en castellano , de cuantas óperas se pongan en escena.

Cuesta 4 rs. al mes.

Se suscribe en la librería de D. Juan Oliveres , calle de Escudillers núm. 57; y en la Librería Histórica, plaza de la Constitucion.